

cias de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalem y de Galicia (las cuales ascienden á quinientas treinta y tres indulgencias plenas, además de las parciales que son innumerables), cuantas veces rezaren dichos Padre nuestros y Ave Marías gloriosos. Además, tiene indulgencia plenaria en el día que se reciba el escapulario, y en las fiestas de la Inmaculada Concepción, Nacimiento, Purificación, Asunción y Anunciación de la Santísima Virgen: en la última dominica de Julio, en la fiesta de Santa Teresa y en el día de la Porciúncula. Indulgencia plenaria el día 24 de Marzo, 17 de Julio, 7 de Agosto, 14 de Setiembre, 10 de Noviembre y 13 de Diciembre; todos los domingos primeros de cada mes; los sábados de cuaresma, viernes de pasión y miércoles, jueves y viernes santo. Indulgencia plenaria los días de Pascua, Ascensión, Pentecostés, Trinidad y Natividad; los días del nacimiento de San Juan, de San Pedro y San Pablo Apóstoles; de San Agustín, San Miguel Arcángel, todos los Santos, San José é Invencción de la Santa Cruz.

Pío IX en su decreto de 3 de Diciembre de 1847, concedió á los fieles que tuviesen este escapulario, todas las indulgencias de las estaciones de Roma (que verdaderamente son innumerables) visitando una Iglesia donde haya un altar dedicado á María Santísima; y pueden con la misma diligencia ganar todas las indulgencias del santo sepulcro y de la Tierra Santa. Las indulgencias parciales son de tal suerte incontables, que ganan 60 años teniendo todos los días media hora de meditación; y 20 años, visitando á los enfermos; y lo mismo se ganan en los días 19, 22 y 28 de Enero; en los días 4, 10, 13, 14, 15 y 25 de Febrero; en los días 6, 13, 17 y 29 de Marzo; en los días 5 y 8 de Abril, en los días 4, 5, 10, 16, 21 y 25 de Mayo; en los días 12, 14 y 19 de Junio; en los días 13 y 20 de Julio; en los días 4, 7, 13, 14, 16, 17, 23 y 28 de Agosto; en los días 2, 5, 10, 18 y 25 de Setiembre; en los días 10, 16, 21, 26 y 30 de Octu-

bre, y en los días 14 de Noviembre y 16 de Diciembre. Concluyo este punto asegurándote, que la Santísima Virgen te agradecerá mucho el que te vistas de su escapulario; y siendo magnificéntísima en todo, te retribuirá con cosas muy grandes aun las mas pequeñas que tú le ofrecieres. ¡Ojalá que perseveres toda tu vida en llevar con grande afecto este escapulario de su Inmaculada Concepción.

CAPITULO VIII.

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, AMEN, JESUS.

35.—*Importancia de este capítulo.*—Con este capítulo vamos á concluir la explicación del Ave María; y á la manera que lo mas meritorio de un cristiano es el fin de sus días, así lo mas consolador de esta obrera es lo que vamos á ver en este último capítulo, porque en él nos ocupamos de la parte mas importante del Ave María con relación á los cristianos; la cual no es otra, que considerar á la Santísima Virgen rogando por nosotros en la hora de nuestra muerte.

Entre las cien mil prerogativas de la augusta Madre de Dios, una de las que mas la caracterizan es la de ayudar á los moribundos; la cual le fué concedida por los sufrimientos que toleró en el Calvario estando en pié junto á la cruz de su Santísimo Hijo. Y á la manera que entonces por sus ruegos salvó al Buen ladrón; así ahora rogando por nosotros en el instante de nuestra muerte, nos alcanzará la salvación eterna. Todos los santos Padres convienen, lector carísimo, que la conversión del Buen ladrón es por antonomasia la obra predilecta de la Santísima Virgen María, porque en aquellos apremiantes momentos, le alcanzó con sus ruegos una gracia tan extraordinaria, que en un instante de pecador lo tornó en jus-

to. Le alcanzó una fe viva, con la cual confesó que aquel que moria enclavado en la cruz era el verdadero Hijo de Dios; le alcanzó una esperanza sincera, porque nó obstante sus grandes pecados, creyó que el Señor se los habia de perdonar; y le dió una caridad tan ardiente, que no se contentó con amarlo él solo, sino que impidió que fuese blasfemado, corrigiendo al mal ladron. Todos los dias hace la Santísima Virgen por medio de la medalla, apellidada con razon la Milagrosa, muy semejantes prodigios; y entre otros recordamos uno que escogemos con preferencia por haber sido de él testigo ocular.

Hace tres años que en la ciudad de México el autor fué llamado para confesar á una enferma, y en cumplimiento de su oficio comenzó á prepararla para la confesion. Mas cuál fué su sorpresa cuando oyó de la pobre enferma que no queria confesarse, que no queria comulgar, ni cumplir los mandamientos de Dios y mucho menos los de la Iglesia; que sí queria estar en pecado, que queria pecar, que queria verse privada de Dios, y y aun que queria ir al infierno y allí quemarse y habitar con los demonios.

El autor se sirvió de todos los medios que le presentó su caridad, sin que pudiese adelantar ni siquiera un paso, sino que al contrario, á las referidas palabras añadió el vomitar las mas horrendas blasfemias contra los santos y contra el mismo Jesucristo. En tales apuros, y despues de haber empleado la oracion y todos los otros medios imaginables, acudió á la intercesion de la medalla milagrosa, y María manifestó otra vez que de una manera muy especial ruega todavia por nosotros en la hora de la muerte. Se le colgó la medalla; y luego se aquietó, comenzó á mirarla, le besó con mucho fervor, se confesó, comulgó, recibió la extremauncion y acabó á los pocos dias con la muerte de los justos: tan cierto es que María ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte. ¡Bellísima conducta! que es

á no dudarlo lo mas grandioso de María, es el mas heróico acto de la primera dignidad, es lo que mas nos aprovecha, lo que de hecho mas le pedimos, y lo que quiere que le pidamos con el ruega por nosotros pecadores *en la hora de nuestra muerte*.

36. *Pedimos á María que en nuestra última hora nos libre de los enemigos.*—Entre las horas de la vida, una de las mas aciagas es ciertamente la que precede á la muerte, porque pende de ella nuestra eterna salvacion. En aquel momento nos hemos de encontrar, y nos hallaremos no solos, sino acompañados de nuestras culpas. ¿Y qué será de nosotros? Si el justo apenas se salva, ¿qué sucederá con el miserable pecador? En aquel momento, lector carísimo, te encontrarás rodeado de enemigos que saldrán de tí mismo, enemigos enviados por el demonio, y enemigos permitidos por Dios; y enemigos que unidos contigo harán tu muerte muy terrible. De parte de tí mismo tendrás los enemigos de los mas fuertes dolores, que por ventura los padecerás en no pocas partes de tu cuerpo, y es muy fácil que profieras palabras en las que ofendas gravemente á Dios, de parte del demonio, que en aquel momento te acometerá con todo el rigor que pueda, y á la manera del leon que siguiendo la presa ruge; y de parte de Dios que por el mismo hecho de ser infinitamente justo no puede menos que exigir aquella prueba de fidelidad que le es debida. ¡Oh, y qué trabajos tan atroces! Basta decir que aun los mas grandes santos han temido estos momentos.

Pero, ¡oh dicha la de los fieles devotos de María! porque ellos oirán que esta buena Madre en recompensa de los ejercicios que le han prestado, los asiste en aquella hora de un modo especial. ¡Oh, qué dulce será su voz en aquellos momentos! No: jamas música alguna habrá tocado á los aficionados de modo tan armonioso, como las palabras de la Virgen en aquella hora resonarán en el corazon de sus amantes y fieles hijos: tantas y

tan especiales son las gracias que ellas entrañan y que comunica bondadosa á cuantos la han servido bien! ¡Qué consuelo para aquella hora haber sido devotos de María! No, no puede decirse porque ella misma quiere suavizarles todos sus dolores, quiere protegerlos contra las asechanzas de Satanás, y aun quiere alentarlos cuando se sienten afligidos por los justos juicios de Dios. El conjunto de todas estas gracias se le piden sin cesar, diciendo uno el Ave María. ¡Oh si fuéramos tan felices que en lo sucesivo la repitiéramos de continuo! Bien podíamos creer que á la manera que San Pablo murió repitiendo continuamente Jesus, Jesus, Jesus; así nosotros daríamos nuestro último suspiro diciendo María, María, María.

37. *Que nos libra de las angustias de la muerte.*—Las angustias del que muere son tantas y tales, que el Espíritu Santo nos presenta á la muerte, y aun á la sola memoria de la muerte, como una cosa muy amarga. Contemplemos, sino, á un moribundo, ¿qué es lo que se ve en él? Todo cuanto le ofrece lo futuro, lo presente y lo pasado, todo es para él una fuente de aflicción, de angustia y de trabajo.

Todo lo futuro lo ve amargo, porque solo sabe de cierto que se va á morir, que bien pronto será muerto, que lo encerrarán en un sepulcro, que él mismo creará los gusanos que han de comerlo, y que dentro de pocos años yacerá en un abandono tan completo, que nadie pensará en él. Todo lo presente es tan amargo, que está en manos de la misma amargura: ahora aprecia que todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu; y que las dignidades y honores, las riquezas y la abundancia, los conocidos y amigos son como el humo fantástico que apenas puede descubrirse. Todo lo pasado, es beber hasta las heces el cáliz de la aflicción, porque recuerda todos los pecados é infidelidades é ingraticudes que ha hecho, y cuyo perdón no es cierto. ¡Qué estado tan triste! ¡Qué situación tan terrible! ¡Qué

trabajos tan horrorosos! Santos muy grandes han tenido en aquel momento gravísimas aflicciones, ¿y nosotros no temeríamos? San Bernardo fué uno de los primeros santos que ha tenido su siglo, y en la hora de su muerte se vió rodeado de tales angustias que... pero acudió á María, y animándose así mismo, decia: *¡Alma mia, qué temes? ¡Por qué temes salir de este mundo? Mira á María... ella ha de ser tu Señora y tu única esperanza.*

Aunque nosotros no seamos tan santos, pero con todo podemos servirnos del medio eficaz de la protección de María; y si nuestras obras no nos inspiran mucha confianza, al menos nos la inspira del todo nuestra adorable y divina María. ¡Ah! clamémosla desde este momento! ¡Qué vida tan feliz si siempre clamáramos á María! Comencemos desde ahora repitiendo con frecuencia Ave María; y con razón, porque si Jesus es el divino sol de justicia, María es la hermosa luna cuando sale muy grandiosa en el horizonte, como si al modo de poderosa reina viniera de visitar á otros mundos. A la manera que un viajero que anda errante y perdido por entre las selvas, se va llenando de tanta tristeza y tan profunda y universal, que no puede apreciarse, y se llena de la mayor confianza cuando la luna comienza á guiarlo con su plateada luz; así sucede con el moribundo. ¡Qué dolores los suyos! Un frío sudor baña todo su cuerpo: una amarillez mortal viste todos sus miembros: un mirar lívido é irresoluto lo acompaña en todo: las fuerzas lo abandonan y le parece que se va á morir. Pero si hallándose en estas tinieblas aparece la luna de María, ¡ah! no hay paz que pueda compararse con esta paz! ¡Qué obsequiosa se presenta á sus devotos! ¡Cómo les quita casi toda la extensión é intensidad del dolor! ¡Cómo les apaga casi todas las llamas de los remordimientos! ¡Cómo se les aparece gloriosa y majestuosa! ¡Cómo les platica cosas las mas saludables! ¡Cómo les revela el día de

su muerte! ¿Y de dónde viene un patrocinio tan particular? Si todo, todo es efecto glorioso en favor de los fieles que acostumbran rezar el Ave María: comencemos, pues, desde ahora á rezar de un modo todo especial *el ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, Jesus.*

38. *Que nos libre de las tentaciones del demonio.*—El demonio procura la perdicion de los hombres, segun todo el poder del odio que tiene á Dios: por esto es que sus tentaciones son siempre de las mas terribles. Aunque el demonio ha sido y será siempre, lector carísimo, tu capital enemigo, pero preciso es confesar que lo es de un modo especial en la hora de la muerte. Y á la manera que un capitán, en el instante que da el asalto decisivo, es cuando pone en movimiento todas sus armas, y hace que todos jueguen con la mayor velocidad, fortaleza y acierto que le es dable; así el demonio, que en la hora de la muerte nos asalta por última vez, se sirve de todas las pasiones, de todas sus asechanzas y engaños, y de todo lo malo y de todo lo bueno para perdernos para siempre: porque segun la expresion del sagrado texto, conoce que el tiempo se le acaba. De un siervo de Dios que habia dejado el mundo, abandona. do las riquezas y observado los santos votos, y cuyos ayunos eran rigurosos, y sus vigiliias continuas, sus penitencias austeras y su mortificacion la mas extendida y fervorosa, se dice: que en la hora de la muerte, fué atacada tan bruscamente por el demonio, que dejó inseguros de su salvacion á todos los circunstantes. Dios quiso que se exteriorizase la batalla de su espíritu, y todos los que la vieron y oyeron, quedaron yertos de temor y angustia. Pues reflexiona un poco, lector carísimo, lo que va á suceder contigo. ¿Qué te sucederá en aquel momento á tí que vives en el mundo? ¿A tí que apenas conoces la mortificacion? ¿A tí que te espanta un solo ayuno, y dices que no lo puedes hacer? ¿A tí que en vez de actos de virtud

tienes las horribles obras del pecado? Aquel era casto; y á tí desonesto, ¿qué te sucederá? Aquel era amante de la pobreza; y á tí que solo sueñas riquezas y abundancia, ¿qué te sucederá? Aquel obedecia la ley de Dios y aun los consejos evangélicos; y á tí que apenas conoces á estos y faltas del todo á aquellos ¿qué te sucederá? ¿Pues qué remedio? La devocion á María; la verdadera y solida devocion á María. Comienza desde ahora por medio del rezo del Ave María: rezala bien, medítala bien, y te aseguro que esta sola práctica obrará en tí grandes cambios, dejarás tus pecados, te lavarás de tus manchas, y comenzarás esta vida de continuas salutaciones á María, de vivir segun la gracia y aumentarla, de estar con el Señor de una manera toda especial, y de obrar con la dignidad y perfeccion que requiere un buen hijo de una tal Madre.

39. *Y de los temores por los justos juicios de Dios.*—Tal es el temor de los temores, aquel que está fundado en los justos juicios de Dios. ¿Quién sabe, te dirás en aquel momento, si Dios me ha perdonado? Confieso que su misericordia es infinita; pero preciso es confesar tambien que no menos infinita es su justicia, y que ademas es ésta de tal condicion, que no puede perdonar delitos no llorados no obstante su infinita bondad. De ahí es que los tormento de la muerte, son los mas terribles; las tentaciones diabólicas las mas fuertes, y una angustia tan afflictiva que hace decir: *¿Quién sabe si moriré bien!* Todo esto es muy exacto, porque para morir bien es necesaria la perseverancia final, y esta virtud es de tal naturaleza, que Dios no la debe á nadie.

En efecto; la perseverancia final trae consigo un conjunto de gracias tan apreciables y superiores, que ni el mérito de todos los ángeles juntos es suficiente para merecerla ni siquiera á un solo individuo. Ésta gracia, Dios á nadie la debe de justicia, porque ella es pura misericordia, y es gracia que no hay nin-

gun santo que se la haya merecido. Pues si á los santos no la debe Dios, ¿cuánto menos la deberá á tí que no eres santo? No quiero hablar de aquellos rematados pecadores que están completamente encenegados en la culpa; sino que llamo la atención sobre tantos otros que siendo cristianos viven como si no lo fuesen; aparecen en lo exterior unos verdaderos católicos; mas en su interior son lobos rapaces. Semejantes personas son cristianos de solo nombre: han cometido innumerables pecados, y están faltos de buenas obras para asegurar su salvación. ¡Ay de mí! han ocupado los días festivos en obras no santas; no han hecho un ayuno por temor de enfermarse; no dan la limosna á los pobres con la sencillez debida; han sido tan egoistas que han abandonado á los necesitados; su vida no ha sido tan casta como debiera, y frecuentemente obran segun el amor propio y tentacion. ¿Pues qué remedio para que á pesar de una vida semejante logren la perseverancia final? No: no hay otro remedio que la devocion á María; tómalas, pues por tu Madre; y considérate desde este momento como su mas obediente hijo. Toma á María por tu protectora y abogada, porque á la manera que en este mundo hacia el Hijo, lo que queria su Madre; así ahora que está en el cielo, de una manera toda especial, logra de su Hijo lo que pide; porque no pide como hacen los criados; sino que sus peticiones son como una especie de mandato semejante á las órdenes que dan los señores á los esclavos. Por consiguiente, el verdadero devoto de María se salvará, si él obra segun las consecuencias de tan amable devocion.

Ejemplifiquemos lo dicho con lo siguiente, acontecido á Carlos, hijo de Santa Brígida. Este jóven tomó la carrera de las armas, y su vida era mas licenciosa que valiente. Su buena madre, que pedia siempre por la conversion de los pecadores, rogaba de una manera toda especial por su hijo. Entretanto una prematura muerte lo embiste, y cae muerto en medio de su

juventud. La buena madre redobló sus ruegos al ver á su hijo en semejante peligro; y mientras estaba ejerciendo este acto de caridad, se le aparece la Santísima Virgen, la consuela, y le asegura que en su último momento habia concedido á su hijo un dolor tal, que mereció ver á Dios sin pasar por el purgatorio; y que así se vió libre del eminente peligro que le amenazaba.

¡Oh Santísima Virgen, nosotros nos alegramos de estas obras de tu diestra, porque nos aseguran que aun en la última hora puede el pecador alcanzar el perdon de sus pecados, si él se arrepiente bien de todos los que ha cometido: pero de él mismo tambien hemos de concluir, que en vano pone su confianza en María aquel que es falsamente su devoto; y lo son todos aquellos que voluntariamente permanecen en el pecado. ¡Infelices! porque á la manera que el mal ladron se perdió, así ellos se condenarán para siempre. Seamos, pues, sus verdaderos devotos, y hagamos consistir nuestra devocion en saludarla con las palabras del Arcángel, y en vivir segun ellas: recemos pues, siempre el Ave María, y con la mayor devocion que nos sea dable, y obremos de modo que podamos estar siempre saludando á María Santísima, siempre llenos de gloria, y multiplicándola aun de un modo semejante á la augusta Madre de Dios, y siempre teniendo al Señor por medio de la práctica de los actos mas heróicos de virtud y perfeccion: dichosos nosotros, porque obrando así, iremos con María á gozar las eternas delicias de la gloria.

Historiemos ahora toda la dicha en una invitacion que recibió Santa Matilde, en fuerza de la cual concluimos de modo que el Ave María es despues del Padre nuestro la oracion mas excelente de todas las súplicas que un cristiano puede dirigir á Dios; y que es de un modo especial una oracion queridísima al purísimo é inmaculado Corazon de María. Hé aquí lo que esta buena Madre, dirigiéndose á su hija, Santa Matilde le dijo:

Hija mia, nada causa tanta alegría á mi corazon que la Salutacion que me hizo el ángel de parte de Dios, cuando me dicen Ave María, me acuerdo de la honra que Dios me tributó cuando se dignó enviarme un Arcángel de primer orden para que así me saludara. Cuando se añade *Uena de gracia*, me acuerdo de las glorias sobreabundantísimas, de las que el Señor se dignó llenarme para disponerme á la divina maternidad de su Unigénito. Cuando en seguida se me honra diciendo, el *Señor es contigo*, yo me acuerdo de la gran maravilla que asombró á toda la creacion viendo al Verbo Eterno hecho carne en mi seno virginal. Cuando oigo que me dicen, *Bendita tú eres entre todas las mujeres*, pongo entonces á mi presencia todas las bendiciones y todas las alabanzas que me han dirigido los cielos y la tierra al ver y considerar en mí la suprema dignidad de Madre de Dios. Y cuando oigo las palabras, *bendito sea el fruto de tu vientre Jesus*, se renueva entonces en mi corazon la santa alegría que llenó mi corazon al verme íntimamente unida con mi Dios y Señor Redentor del mundo. En fin, la conclusion del Ave María en la que la Iglesia iluminada por el Espíritu Santo me declara la Santa, la Madre de Dios, la que ruega por los pobres pecadores ahora, en el tiempo, y de un modo especial en la muerte de cada uno, entonces me siento obligada de un modo especialísimo á rogar por los pecadores y por los justos, y portarme para con ellos como verdadera Madre del Redentor.

LA SALVE